



JUAN ALMENDRO

HERPES TEOLOGAL

Juan Almendro, escritor chileno, es autor de la pentalogía Las Fases de la Curación, cuyo primer tomo –El Bautismo– aparecerá próximamente publicado por Montesinos. Herpes Teologal contiene una solución para aliviar el prurito provocado por la epidemia teogenital, que tras azotar a los Estados Unidos, amenaza ahora la tranquilidad sexual e ideológica de los castos demócratas europeos.

“Según parece, no se quita uno de encima tan fácilmente el virus teológico que se lleva en la sangre. He aquí, de pronto, una violenta recidiva...”

(Thomas Mann, “Doktor Faustus”)

...Como sin duda Vuestra Señoría ya lo ha comprendido, mi admiración por el insigne escritor alemán aquí citado es tan profunda como vasta, tan completa como incommovible y –es un deber y un honor agregarlo– insuperable. Fue lo que también afirmé, con vibrante emoción, a Martin Flinker, su amigo personal, legendario viejecillo que vende libros y revistas alemanas en su laberíntica librería del Quai des Orfèvres, entre el Pont Neuf y el Pont Saint Michel, a pocos pasos de la habitación donde vivo y escribo este testamento. “Jawohl! Ich muss das Buch der Wandlungen haben!”, exclamó cuando le confié mis deseos de adquirir el *I-Ching*, el milenarior oráculo chino. Pero luego, intuyendo que yo hablaba mal su magnífico y, desde todo punto de vista, perfectísimo idioma, siguió conversándome en francés, lengua –tanto para él como para mí– de utilidad únicamente doméstica, banal, inferior por decirlo así.

Lo seguí, pues, por escaleras y pasadizos minúsculos, respondiendo a sus preguntas sobre el origen de mi interés en el Libro de los Cambios y de mi muy peregrina idea de servirme de él para *enfrentar* (dado que ésta es la palabra exacta y no *leer* o *releer*) Doktor Faustus, la obra postrera de nuestro fenecido ídolo común. En verdad (y creo que esta precisión debo aportarla de inmediato, antes de que el desconcierto gane al todavía no infectado lector) no es contra la materialidad del texto sublime de Doktor Faustus que yo libro un desesperado y ya perdido combate, sino contra el Espíritu Maligno que exhala de sus capítulos, igualmente armoniosos, matemáticos y musicales (tan *alemanes*, preferiría decir para expresarme con un solo vocablo extraído de mi detestada lengua materna, el castellano).

Desde luego –según aseguré al asombrado Herr Flinker– ya no estoy capacitado para criticar una obra de la cual sólo me es aparente su majestuosa, inmaculada belleza, y mi intención –¡Mefistófeles me libre de ello!– tampoco es ni puede ser la de culpar al Divino Escritor de haber coqueteado con el Malo. No. Mi objetivo inequívoco, exclusivo, es el de confirmar un modesto pero también capital descubrimiento del que, más por fatalidad que por destino, soy a la vez el autor y la víctima: el Genial Novelista no sólo mantuvo trato con el Demonio

en la rareficada estratósfera de su fantasía, sino (y doy fe de ello como estas páginas deberían dar fe del motivo genuino de mi ineluctable suicidio) que ¡EL guerreó contra □Ξ, contra el Maligno, en la crudeza misma de su vida cotidiana!

“Warum” ¿Las páginas de Doktor Faustus huelen a azufre?”, me sorprendió Herr Martin Flinker con su fludo español, haciendo caritativo honor a mi ascendencia hispánica, ascendencia de la cual yo soy del todo inocente. Me quedé mudo, estático ante lo que sentí como una intolerable irreverencia hacia el más grande de los escritores contemporáneos, aunque luego, recordando el lazo” de contradictoria amistad que unía al viejo librero judío con quien me permitiré llamar desde ahora “el Inimitable Maestro”, perdoné una ironía que no encerraba otra cosa que el deseo, bien comprensible, de exhibir su trato privilegiado con EL.

Permanecí en silencio, dejé que Herr Flinker buscara tranquilamente en las estanterías, fingí no haber oído su altanera interpelación. En realidad, ¿cómo confiarle un secreto del cual sólo hoy, pocas horas antes de darme la muerte, puedo comunicar algunos indicios a mi anónimo y todavía sano lector? ¿Cómo revelarle a ese viejecillo la terrible verdad, a saber, que leyendo la página 840 del tomo I de las obras completas del muy merecido y excelente premio Nóbel de literatura 1929, capítulo XXXIV, en el instante preciso de leer la frase que sirve de epíteto y justificación a este testimonio, sentí un inquietante escozor entre las piernas, allí donde cuelga el abominable miembro viril? Pero antes de continuar debo a mi eventual lectora (¿pues quién me asegura que el juez encargado de leer estas páginas será un hombre?) algunas excusas y advertencias:

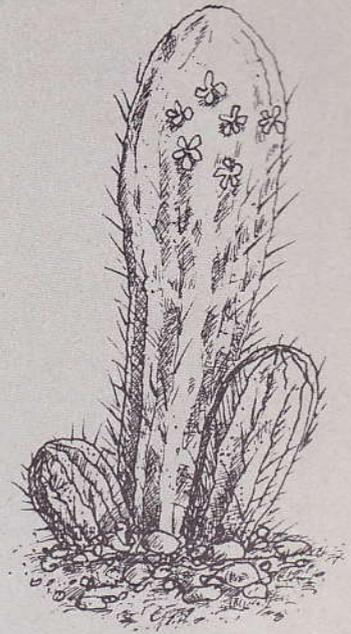
Yo no soy, positivamente hablando *no soy* un obsesivo sexual. Si me veo en la obligación de aludir al sexo (al sexo masculino, por supuesto, pues el otro no existe sino en cuanto omisión o defecto de la Naturaleza) lo hago con intenciones puramente medicinales, profilácticas y, en cualquier caso, con ánimo de contribuir a la salvación de los hombres. Porque de esto se trata: de impedir que el maldito virus que ha causado mi perdición se propague al resto de mis congéneres, avanzando hasta transformarse en la peor, en la más infame y letal epidemia del siglo XX. Seguro, esto no significa que las carillas que escribo puedan ser dejadas al alcance de cualquier lector, en particular de muchachitos imberbes, incapaces de poluciones nocturnas, o de niñas impúberes que aún no han sentido el dolor y la humedad maloliente de la primera menstruación. Presentadas pues mis excusas, advertidas las madres de los peligros que para sus hijos puede haber en mis palabras, vuelvo al hilo central de mi testimonio.

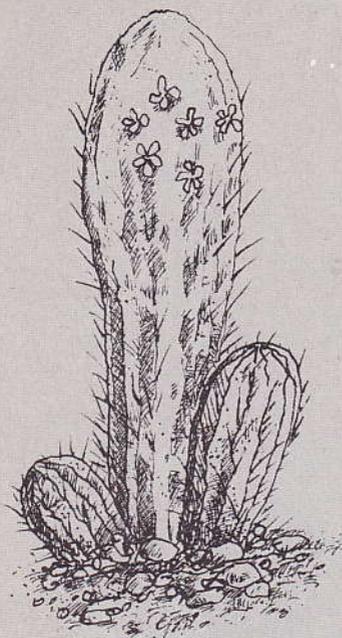
Yo leía, por séptima vez consecutiva, Doktor Faustus, cuando sentí el humillante escozor que he mencionado. Miré la hora —esto lo recuerdo muy bien— en mi puntual cronómetro de fabricación suiza (Deutschschweiz, natürlich), maquinaria que indica tanto el tiempo como la época que soportamos, y después de comprobar que eran las cuatro de la mañana fui al baño con la intención ambigua de orinar y sorprender el agente causal de mi malhadado prurito. Digo bien malhadado, porque allí, en ese rincón de la piel que es, tal vez, uno de los más viles y, contradictoriamente, delicados de la estructura varonil, descubrí lo que me era imposible describir a Herr Flinker en su librería: la presencia de un punto rosa, algo más grande que la cabeza de un alfiler, pero menor que un grano de arroz y que medido con una regla de plástico, fabricada en Frankfurt, resultó ser de un tamaño igual a un milímetro.

Yo no soy hipocondríaco y, menos aún, maniaco, pero dado que tengo la sana costumbre de comparar mi temperatura rectal con la axilar dos veces al día y esto tanto en verano como en invierno, en primavera como en otoño, procedí a un control excepcional de mi estado térmico. Resumiendo, nada anormal, sobre todo si se toma en cuenta que en aquella madrugada la temperatura ambiente era superior a 20 grados y que la humedad, así como la presión atmosférica señaladas por los instrumentos de precisión que adornan mi estudio —66, Rue du Faucon Impérial, 4° piso, a 22 metros de altura y 57 a la izquierda del Sena— eran más elevados que lo habitual en ese período del año. (Adivino desde ya, aunque sin rencor alguno, la sonrisa que estas útiles medidas, indispensables para la vida de un hombre equilibrado, despiertan en el lector de raza latina. Yo sólo trato de exponer con exactitud los hechos que me han acaecido y me conducen poco a poco hasta la autoinmolación, al generoso sacrificio que asegurará la supervivencia de la Humanidad.)

Aquel punto sonrosado, dada su relativa insignificancia, no me angustió, tanto más cuanto (y perdónese aquí una inflexión lingüística lamentablemente afrancesada) tanto más cuanto la noche era calurosa y yo tengo, en esas circunstancias, el hábito de leer desnudo, con mis manos posadas sobre mi sexo. No se vea en esto escándalo alguno. Yo vivo solo y mi desnudez no concierne más que a los espejos que cubren las paredes de mi alojamiento, decoración que me ayuda a combatir la soledad y sin relación alguna con un hipotético narcisismo. Tampoco se vea en la posición de mis manos una tendencia masturbatoria inconsciente. Yo me masturbo, sí, pero nunca más de lo recomendable, es decir, entre tres y cinco veces cada veinticuatro horas, justo lo necesario para alejar los riesgos de una hipertensión arterial prematura.

Si por desgraciado azar el juez que me lee no sólo es mujer, sino también menopáusica y católica, me condenará, de seguro, como a un típico sudamericano de instintos bestiales exaltados. Sea. Pero permítaseme alegar en mi defensa el hecho que ni siquiera me he complacido (ni me complaceré) en la descripción detallada de mi descomunal Órgano Genésico, con el cual he provocado el santo horror, purificante y expiatorio, de más de una chica a la





salida de las sinagogas que infectan el barrio XVI de París. Esas muchachitas, al comprender el grave riesgo que para sus entrañas implica la introducción de un vástago carnal violentamente hinchado, afiebrado y endurecido, no pueden sino preferir el camino de la virtud, esa virtud que yo predico tanto con mis palabras como con mis bien intencionados actos.

Herr Flinker encontró por fin *Das Buch der Wandlungen* y tras sacudir el polvo de sus tapas, volvió a hablarme, esta vez en su perfectamente dominado y antipático francés. ¿Me interesaría yo en comprar las versiones originales de las obras del Maestro Inimitable, en especial *Die Zauberberg*, *Tonio Kröger* y el mismísimo Doktor Faustus, volúmenes a la sazón y por poco tiempo aún disponibles en su bien provista librería? Un escalofrío recorrió mi sexo adolorido. ¿Y si el traductor español de las obras completas del Insigne se hubiera equivocado en el pasaje en cuestión, página 840 del libro incriminado? Dicho de otro modo, ¿si esta nefasta infección que me ha envenenado la sangre no fuera imputable a la Auténtica Novela, sino a un error de traducción? Peor aún: ¿si mi tormento, que ahora llega a su fin puesto que me mataré dentro de poco, después de haber corregido y dactilografiado este testamento, no fuera más que fruto de mi razón desbocada, una especie de despreciable y bastarda locura, sin ninguna relación con la Ficción Real?

Me precipité, pues, sobre la pristine versión alemana de Doktor Faustus y, ayudado por el propio Herr Flinker, comprobé —¡oh alivio, oh alegría!— la fidelidad del bienaventurado traductor hacia el Autor. Bienaventurado, sí, porque, ¿qué buena ventura puede ser más excelsa que la de saborear palabra a palabra el néctar novelístico del Insuperable y vertir su precioso lenguaje en los moldes maleables de idiomas espurios que, gracias a la sumisión a la lengua de Goethe, encuentran la ocasión de estilizarse, de acrisolarse, de ennoblecerse?

¡Qué no se me tilde de germanófilo! Cierto, por mis venas corre sangre sajona, pero esto es para mí motivo tanto de legítimo orgullo como de terca tristeza. ¿Mi padre no fue acaso uno de los oficiales de la Wehrmacht que cruzó el Arco de Triunfo el día de la Liberación de París? Vuelvo a imaginar su tenida impecable, su flamante uniforme de guerra, su pecho decorado de Cruces de Hierro, mientras respondía —al mando de su *Panzerdivision* y con su viril saludo militar— a las aclamaciones del populacho parisino, emocionado por la disciplina y la belleza de las tropas del Reich. Yo, como es obvio, no lo vi en persona, aún no se había producido el descalabro de la Nación Arquetípica, todavía papá no había escogido como refugio el salvaje continente de la América del Sur. El, ese joven *Kapitän* cuya hermosura aria subyugó a las famélicas y mal aseadas damiselas de la aristocracia francesa, todavía no había conocido a mi madre, quien lo esperaba —al modo de una Walkiria extraviada en las serranías andinas— para entregarle su virginidad de linda chilena, hija de hoteleros, emparentados ellos mismo con la estoica colonia alemana de la región de Valdivia.

Sí. Tengo más de un motivo para sentirme *chez moi* en la Ciudad de las Luces, Babilonia moderna y que por esta sola razón —su calidad cosmopolita y universal— merecería ser atravesada no por las turbias, mefíticas y feminoideas aguas de la Sena, sino por las varoniles, verdes y puras aguas de El Rhin. Por otra parte, hoy día, lejano el momento de la Derrota Injusta, de la Victoria Equivocada, ¿no podría imaginarse que las filiales de Krupp, de Mercedes Benz, de la Deuchstland Bank, asociados a la Chase Manhättan, a la ITT y a la Morgan Bank emprendieran los estudios hidráulicos adecuados para desviar el curso del río mujeril y permitir que las masculinas olas ensalzadas por Wagner fertilicen la Isla de Francia, sedienta de orden, de higiene y de progreso?

¡Tampoco quisiera que se me acuse de ser francófilo! Sin embargo, cualquier persona dotada de sutileza, incluso un francés, no podrá sino confirmar algunas de mis observaciones sobre la raza gala. Verbigracia, nada más lamentable que esa especie de curiosa variedad humanoide denominada *les cadres dynamiques*, producto secretado por las indisciplinadas compañías francesas. Por las mañanas, mientras asisten soñolientos a sus labores, sólo piensan en el trozo de carne sangrienta que devorarán a mediodía leyendo los mediocres matutinos de París, salpicándose la barriga de gotas de grasa. Y por la tarde, sumidos en la modorra del almuerzo regado con litros de Beaujolais, sólo tienen en mente el *rendezvous* galante de 5 a 7 con alguna de las *sténodactylo* de la firma, obligadas a desempeñar funciones de *filles de joie* para compensar la escualidez de sus sueldos.

Decía que mi padre era alemán y hermoso, aunque yo nunca lo conocí. En efecto, el heroico capitán de la Wehrmacht pasaría por el sur de Chile justo el tiempo requerido para fecundar a mi madre y continuar, a la mañana siguiente, su trayectoria hacia un punto imprecisable entre la Argentina, el Paraguay y Bolivia. No puedo decir que me haya abandonado, pues mamá (la venerable señora que habita en el apartamento contiguo y que vigila mis movimientos con el celo de una espía) me hizo educar, interpretando lo que hubiera sido sin duda el deseo de papá, en la Deutsche Schule y, cuando ya hube crecido, en la Escuela Militar de mi país, organizada —como algún día lo será toda América Latina— según las normas caras a Otto Bismarck: fuerza, limpieza, jerarquía, autoridad, disciplina y —corolario ineluctable— orden, higiene, eficiencia y belleza.

También mis abuelos paternos, educados en los sobrios principios de Lutero, contribuyeron a modelar regamente mi personalidad, de manera que entre un muchacho de la Prusia Imperial y yo mismo, lejano y extemporáneo compatriota nacido en las selvas sudamericanas, hubiera una diferencia insignificante. Sí: mis abuelos, mi madre y mis profesores militares me enseñaron el sentido del deber, el valor de la higiene (todavía recuerdo el prolongado

aseo con escobilla y jabón al que era sometido mi trasero de niño, tras tolerárseme el acto biseptanal de defecación) y la elegancia superior de todo lo que es recto, limpio, *derecho*.

¡Por favor! ¡Qué nadie conjeture que yo me inmiscuyo en política! ¿No fue éste, acaso, el único error cometido por el Maestro? ¿Quién sino el propio Malo pudo haberlo tentado, desviado y arrancado del Nirvana Novelístico? Veo al autor de *Königliche Hoheit* viviendo en plena inocencia dentro de los límites paradisiacos de la Ficción, veo al creador de *Der Tod in Veinig* deambulando libremente por los más hermosos parajes de la Fantasía, veo al arquitecto sublime de *Die Buddenbrook* construyendo –a la manera de un Creador Todopoderoso– un universo sembrado de personajes aristocráticos, de situaciones rutilantes de nobleza, veo al Inimitable alzándose hasta el sitial de un dios, transformándose en Dios, ese Dios que me atreveré a definir en cuanto Novelista de Novelistas! Y he aquí que –por razones desconocidas hasta hoy, hasta esta página– el Maestro cede a la tentación del Pésimo y abandona el *Paradiso* de la Novela para caer en el *Inferno* de la Política!

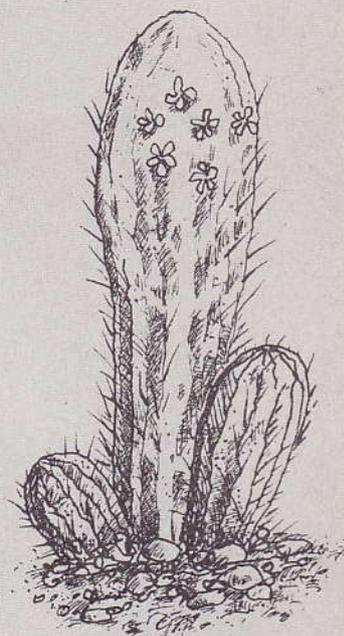
Sí. En cuanto Discípulo Incondicional (perdónese aquí el uso de mayúsculas inmerecidas) no puedo sino deplorar, pero simultáneamente aceptar, la niebla que empañó sus ojos, haciéndolo perder la ruta, el camino empedrado de luces del Tercer Reich, para ir a instalarse en las insulsas y nada estructuradas costas de California. Peor: debo cerrar los párpados ante su mórbida inclinación por la democracia, olvidar con humilde magnanimidad sus diatribas –de inspiración indudablemente diabólica– contra el Führer, contra el Pangermanismo, contra la hegemonía natural y mundial de nuestra Raza Aria...

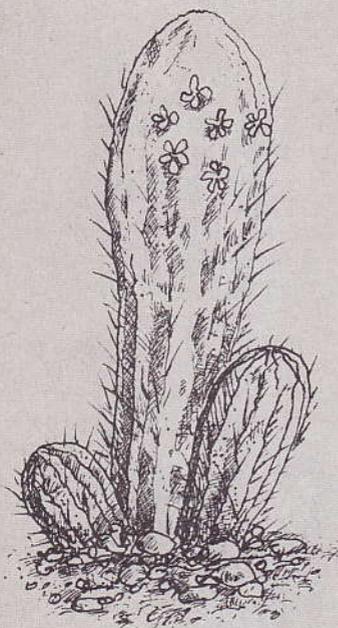
Pero concédaseme ahora la posibilidad de volver a mi tema inicial, de ir derechamente al grano. Mejor dicho, a los granos. Porque a aquel primer botón color rosa del cual ya he, con pudor, hablado, se agregó otro y luego otros... En efecto, el Grano Primigenio ganó no sólo un segundo milímetro de diámetro, sino que –observado con mi potente lupa, fabricada en Kaiserslautern– reveló una infiltración acuosa, una perla o montículo transparente rodeado por un fino halo de eritema. Relatar aquí la condenada picazón que aquel cuasi microscópico pero tumoral levantamiento de la piel fue causándome en las horas siguientes, es inútil. Conténtese el Doktor que me lee con imaginar esa comezón multiplicada por dos, luego por tres, por seis y por diez, a medida que fueron apareciendo las nuevas colonias de gérmenes satánicos. Pues, como me lo aseguraron uno tras otro los dermatólogos que consulté en los días siguientes al desencadenamiento de la Invasión, se trataba de gérmenes, exactamente de virus favorecidos en su multiplicación por yo no sé qué problema psicológico. “C’est une maladie virale d’origine psychosomatique”, me dijeron los veintiún especialistas –todos ellos de apellido alemán– que descubrí en el Bottin de París. “Il n’y a pas de traitement spécifique contre l’Herpes”, aseguraron los veintiuno, pues así denominaron –sin vergüenza– el proceso de Colonización Teológica del cual soy víctima.

“¿Dónde está la relación entre la política y el Herpes?”, se preguntará mi Juez implacable, del mismo modo como Herr Flinker me preguntó en su tienda, con ojos llameantes de ironía: “¿Pero dónde ve usted el lazo entre la teología y los virus?” Difícil pregunta, en verdad difícilísima. Por desgracia, aunque al respecto tengo todo muy claro en la cabeza, no puedo ni debo exponer aquí el sistema astral que he descubierto, la cosmogonía de mi propia factura que explica no sólo la relación entre mi testamento y Doktor Faustus, sino –sobre todo– entre Dios y mis granos. Para ello tendría que escribir un libro tan substancioso, tan importante y trascendental como una Novela, algo que para mí –Aprendiz de Novelista– está fuera del alcance de mis fuerzas. Deberé, pues, limitarme a transmitir unos pocos indicios, los suficientes para no exasperar a mi apurado lector.

Poseo un Volkswagen Escarabajo, dotado de 1300 centímetros cúbicos de poderío, automóvil estupendo en todos sus aspectos (salvo por la partícula *Volks* que lo designa) en cuya parte posterior incrusté a mi voluminosa madre para tomar en seguida el camino de la Civilización. Dejamos atrás la frontera de la Barbarie Democrática en Strasburg, iniciamos la célebre ruta del Rin extasiándonos con la ausencia de basuras en las ciudades y aldeas de nuestro periplo. ¡Oh desgracia!, tanto en Heidelberg, Mannheim y Koblenz, como en Köln y Düsseldorf los especialistas me repitieron algo apenas diferente de lo dictaminado por sus colegas parisinos: la Invasión (Schweineinfall) de la cual era víctima no tenía un origen somático precisable y aun menos una terapia definida. Todo lo más, era posible un pronóstico: remisión espontánea y luego recidiva, otra vez remisión y de nuevo recidiva, recidiva, recidiva! Y se me aconsejó –¡oh decepción cruel!– prolongar mi viaje hasta la capital del Imperio Austrohúngaro para consultar a discípulos directos de directísimos discípulos de Sigmund Freud. Decididamente, tras la Derrota Errónea, la Alemania de mis sueños ha cambiado. Hoy día cualquier facultativo (antiguamente podía llamárselos, con razón, *Herren Doktoren* oder *Herren Professoren*), cualquier mediquillo corroído por el cáncer de la democracia se permite jugar con la palabra *neurosis*.

Fui, en todo caso, a ver un psicoanalista, más por curiosidad que buscando una imposible curación. El homúnculo, vienés, judío como Herr Flinker, pretendió tratarme como a un niño, insistió en el hecho que mis erupciones simbolizaban el deseo reprimido de poseer a mi mamá. ¡Santo Dios! ¡Condenado Belcebú! ¿Qué tiene de incestuoso el hábito de hacer la siesta con la propia madre? Si me acuerdo con ella es –lo juro– únicamente por ahorrar calefacción! Me interesó más la hipótesis del analista acerca del papel de Gran Ausente jugado por mi padre a quien –según él y sus doctas aseveraciones– yo pretendía reemplazar por seres





como el Inimitable. De acuerdo. Nada es imposible. Sin embargo suponer, como lo hizo aquel brujo, que mis inocentes vesículas herpéticas son el resultado de un complejo de inferioridad de índole edípica y que la comezón que de ellas deriva no tiene otra finalidad que la de recordarme que yo, al igual que el Maestro Insuperable, también poseo un falo, me parece algo excesivo, peligroso para mi salud mental.

Decidí, entonces, rechazar toda ayuda foránea, tomé la heroica resolución de luchar solo y a solas contra el Mal, a la manera de mis antepasados, los valerosos caballeros de la Edad Media. Encadené a mi madre en su apartamento para evitar que me siguiera en mis desplazamientos por las bibliotecas parisinas y me lancé al estudio, no de libros de medicina o de terapéutica dermatológica, inútiles en mi caso, sino de tratados de táctica y estrategia militar, en especial de aquellos concernientes a las campañas victoriosas del Tercer Reich.

Como mi General ya lo habrá adivinado, se trataba de sorprender a los virus mediante una Blitzkrieg ultrarrápida, de proceder a su captura y exterminio en eficaces, bien organizados crematorios. Desde luego, nada de ungüentos, polvos, pomadas o cápsulas de tetraciclina, sustancias recetadas por los especialistas, del todo ineficaces salvo para alimentar al Enemigo, cada día más numeroso. Con la ayuda de mi poderosa lupa, fabricada en Kaiserslautern, examiné milímetro a milímetro el territorio invadido por los rojos (que este adjetivo sirva de aquí en adelante como referencia cómoda al Enemigo, tanto más cuanto el eritema inflamatorio que rodeaba sus trincheras así lo justifica desde un punto de vista puramente estético), con el objetivo de determinar la disposición de sus tropas y trazar un mapa de operaciones.

El grueso de las fuerzas subversivas se acantonaba en dos grandes bases, una situada en la raíz de la vena dorsal del Miembro por Excelencia, la otra a medio camino yendo hacia la Punta, todavía milagrosamente intacta. Bases de menor importancia, en número de cinco, se diseminaban en torno a venillas colaterales, demasiado reducidas como para presentar otra resistencia que una defensa exudativa. Finalmente, atrincheradas sobre vénulas microscópicas, una multitud de destacamentos de vanguardia, diminutos pero feroces, preparaban la extensión del Proceso Invasor. Así, el territorio perdido para el placer representaba, en aquel momento, más o menos un tercio de la superficie total del Olímpico Artefacto.

Protegido por mi yelmo de Caballero Teutón di comienzo a la ofensiva justiciera (Gerichtspfegerangriff) un sábado poco antes del despunte del alba. El Enemigo (der Schweinfeind), con la excepción de unos cuantos centinelas, dormía ahito tras una orgía de cortisona y tetraciclina prolongada hasta horas tardías de la noche. La sorpresa (Göttlichüberfrashung) fue tanto mayor cuanto atacué—según las reglas de la Blitzkrieg—de manera veloz y masiva allí donde los rojos no se lo esperaban: en los puntos de más alta concentración de sus fuerzas, las dos bases aparentemente invulnerables situadas en la raíz y la región mediana de la Península Carnal. ¿Cómo hubieran podido imaginar que caería sobre ellos, en pleno sueño y a la manera de una espada de Damocles, la aguja calentada al fuego con la cual reventé, en el lapso de pocos segundos y mientras tronaba en mi tocadiscos Blaupunkt la obertura de Siegfried, la cuasi totalidad de las vesículas herpéticas, antes de caer yo mismo desvanecido por el dolor?

Haré una pausa. No por cobardía o falta de claridad ideológica (en mi cerebro no existe la contradicción), ni tampoco por *mollese*, palabra francesa por esencia y que significa “flaqueza de espíritu”. No. Yo no soy un estúpido pacifista ni tampoco un hipócrita neutralista. Simplemente, considero que el fútbol también tiene su importancia. ¿Quién—para no ir más lejos con este testamento—no ha admirado en la televisión el espléndido juego de las formaciones alemanas? ¿Y quien, salvo los envidiosos, no reconoce la belleza sin par de aquellas saetas rubias que dejan atrás, paralizados y desconcertados, a los jugadores de los equipos contrarios, en especial de los equipos de Francia? En esta época nuestra, en la cual la virilidad ha sido reemplazada por eso que *les cadres dynamiques* reclaman farfullando, mientras engluten enormes trozos de queso agusanado, “démocratie, démocratie!”, sólo la confrontación en los estadios permite revivir, aunque de manera indirecta y efímera, la soberbia tensión que dio todo su sabor y su sentido a la Historia entre 1914 y 1918, entre 1939 y 1945!

El Arbitro que me lee quisiera, tal vez, contradecirme recordando las proezas de los equipos sudamericanos, tales como el Brasil, la Argentina y el Uruguay. Justamente. Yo no niego la calidad de los futbolistas de la América del Sur y puedo incluso admirar y aplaudir sus espectaculares desplazamientos dentro de un terreno de fútbol. Pero la gran, invisible y, sin embargo, esencial diferencia entre un jugador germano y otro latino es que este último, al conquistar un gol lo hace de manera maquina, automática, puramente corporal por así decirlo. En cambio el futbolista alemán piensa (Denken), para él un gol es el cumplimiento de un plan bien premeditado, cuidadosamente programado por la actividad de sus *dos* hemisferios cerebrales. Detrás de un gol brasileño, de un gol argentino, de un gol incluso italiano (los equipos galos no hacen goles, salvo error de la defensa adversa) sólo hay fuerza bruta, músculo y, en el mejor de los casos, emoción (Weiblichgemütsbewegung). Detrás de un gol alemán, en cambio, hay una idea, la fría, la implacable (y, si necesario, cruel) actividad del Espíritu (Mächtgeist).

Vuelvo otra vez al grano. Al único que quedó intacto tras mi ofensiva wagneriana. Me desperté del desmayo presa de violentos dolores, pero tuve la fuerza suficiente para arrastrarme hasta la ducha y lavar las partes ensangrentadas por la guerra. ¡Oh felicidad!, comprobé que los daños causados al Enemigo eran considerables: todas las vesículas menos una (que me

apresuré a reventar con mis uñas) habían sido destruidas por mi justiciera, acerada ofensiva. Los rojos, que hasta allí vivían sin trabajar, parasitando mis ricos jugos celulares, no tenían otra alternativa que sucumbir... o desplazarse.

Se desplazaron. Los miserables, después de algunas horas de confusión y pese a sus enormes pérdidas, consiguieron reagruparse en dos nuevas regiones: una, peligrosamente cercana a la Punta; la otra, en el confin de la Península y el Continente Escrotal. No ocultaré aquí mi decepción y mi horror cuando descubrí las nuevas maniobras del Enemigo (Sehrschweinfeind), mucho mejor preparado para sostener una guerra prolongada de lo que yo suponía. Tomé, pues, la grave decisión de desafiar las normas bélicas recomendadas por la Sociedad de las Naciones y seguir el ejemplo de la USAF en su justa guerra de exterminio de las razas inferiores que pueblan la Indochina. ¡Fósforo! He ahí la substancia salvadora, la incendiaria materia que arrasa simultáneamente selvas y guerrilleros, purificando la tierra mancillada por el Demonio!

El farmacéutico creyó haber entendido mal cuando le ordené un frasco de Napalm, esbozó una sonrisa –borrada con celeridad– cuando le expliqué la naturaleza de mi lucha (Mein Kampf!). Trató de calmarme, de convencerme de la utilidad de ingerir meprobamato, valium, librium, meleril, clorpromazina, medicamentos que él estaba dispuesto a venderme sin receta médica. Más aún, intentó llamar una ambulancia para enviarme a la clínica psiquiátrica del hospital Sainte-Anne. ¡Cómo si yo estuviera loco! Salí a grandes zancadas de aquella farmacia manipulada por el KGB, entré en un café-tabac para comprar un cartón de cajetillas de fósforos y me lancé sin más demora en la fabricación artesanal de proyectiles incendiarios.

Carezco de Fuerzas Aéreas. Fue el problema principal que debí resolver antes de desencadenar la segunda ofensiva contra los rebeldes. Tuve, en consecuencia, que contentarme con una táctica de reemplazo, me vi forzado a utilizar el fósforo para minar el territorio comprendido entre las bases fortificadas, sin olvidar los puntos más enmarañados de la Selva Erótica, cuya particular densidad en mi caso favorecía la implantación clandestina de los guerrilleros. ¿Los americanos no decidieron, por ejemplo, que para exterminar a los viets era necesario atacarlos allí donde escondían sus bases de apoyo, en las fronteras de los países limítrofes? ¿No se sirvieron –y con pleno derecho– de potentes desfolionadores para quemar la selva indochina, de manera de impedir nuevas agrupaciones del virus vietcong? Lo mismo hice yo.

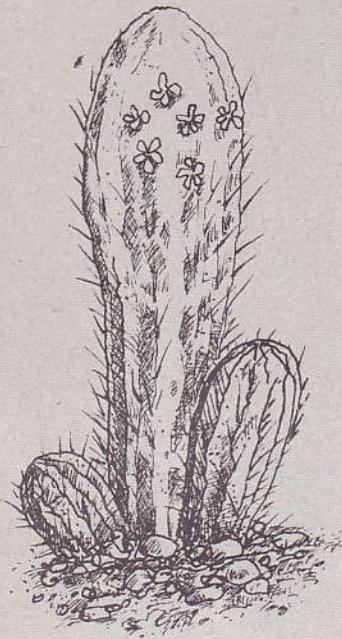
Tres semanas después de la primera ofensiva, un domingo a medianoche cuando mis vecinos y mis virus dormían tranquilamente, encendí una antorcha y la acerqué a la Zona Pública Minada. Un formidable incendio siguió a la explosión inicial, se desarrolló con velocidad fulgurante por todo el campo de batalla haciendo estallar una a una las bombas dispuestas en torno al adversario. El alarido con que acompañé el violentísimo ataque (Sehrgewaltsamangreiff) no tenía otro objeto que asustar y desconcertar a los virus y, en medida alguna, a mis vecinos. Fue lo que traté de explicarles a través de la puerta cerrada, negándome firmemente a dejarlos entrar. ¿Cómo hubiera podido mostrarles el teatro de operaciones, sin revelarles importantes secretos de mi Estado Mayor? Los envié, pues, al infierno y me concentré en hacer un recuento de las pérdidas rojas.

¡Horror de horrores! El napalm había quemado extensas zonas selváticas exponiendo al ojo desnudo una superficie considerable, pero la Península Carnal fue arrasada mucho más en mi detrimento que en el de los comunistas. En efecto, el fósforo, humedecido por la exudación celular, sólo incendió las regiones más alejadas de las bases hostiles, causando graves destrozos en el territorio peninsular todavía sano y dejando incólume al Oponente (Schweingegner). Debo admitirlo: me eché a llorar, no de dolor sino de cólera. Luego, haciendo de tripas corazón, cogí mis tijeras, elaboradas en Hannover, con el propósito de proceder a la ablación pura y simple de Admínículo Inservible. Me detuvo el ruido de una llave introducida en la cerradura de mi puerta, ésta se abrió antes de que yo pudiera impedirlo, exponiéndome –desnudo, con la antorcha y las tijeras en las manos– a los ojos intrusos.

Me gustan los franceses. ¿Quién que conozca París, en especial los extranjeros, ha dejado de apreciar la exquisita cortesía de los parisinos? Los mozos de café son tan serviciales y pacientes como los taxistas y vendedores de tabaco, tan simpáticos como los policías y los mercedadamente célebres CRS, celosos cancerberos del Orden Público. ¡Cuántas veces me ha sido dado admirar a esos Guerreros de la Urbanidad introduciendo en pulcras camionetas a negros y árabes extraviados en la ciudad, para albergarlos gratuitamente en hoteles protegidos con rejas de fierro, antes de expedirlos hacia sus asoleadas y turísticas patrias de origen! Insisto: admiro a los franceses, en especial *ces Messieurs* que tuvieron la clarividencia y el buen gusto de compartir el gobierno de Francia con los Enviados del Führer y que obligaron al pueblo francés a beneficiarse de la influencia civilizadora de la Wehrmacht. Sí, sí y sí: como se lo repetí al siempre asombrado Herr Flinker, me agradan mucho los franceses. Todos, todos, salvo uno: Pierre, el horriblemente gordo conserje de este edificio, quien apareció en el umbral de mi estudio, gonzúa en mano y escoltado por mamá.

Comprendo que mi Juez y lector no se interese en detalles mórbidos, en la vida sexual o política de los demás. Pero ocurre que Pierre, además de ser gordo como un hipopótamo, es antiguo resistente contra el Reich y actual miembro del Partido Repelente Francés. Es él quien distribuye la insidiosa propaganda bolchevique que los arrendatarios encontramos en





nuestros buzones postales, es él quien trata de seducirnos proponiéndonos a mitad de precio abonos a "L'Humá" y otros pasquines del género. Peor: es él quien ha enamorado a mi madre, a la que posee *a tergo* en la portería en cuanto me ve salir a la calle. Puedo asegurarlo, yo que he vuelto sigilosamente sobre mis pasos para espiarlos a través del hoyo de la cerradura, tapándome los oídos para eludir los pantanosos, acezantes, ventosos y lascivos ruidos que acompañan la fornicación.

Abreviando: Pierre me depositó en la Sala de Urgencias del Hôtel Dieu, hospital vecino a Notre Dame, donde permanecí hasta la completa cicatrización de mis quemaduras... y pleno restablecimiento de mis vesículas herpéticas, más abundantes y lozanas que nunca. No todo es negativo en este mundo, yo aproveché mi estadía en ese lugar para cumplir las lecturas octava y novena de Doktor Faustus, investigación que me permitió plantearme otra vez la Pregunta Nuclear, esa misma pregunta que, muy judiamente, me repitió Herr Flinker en su desordenada librería de las márgenes del Sena: ¿cuál es la relación exacta entre los virus, el Novelista Supremo y la teología?

El té. Sí: de Ceilán o de China, de Rusia o de la India, envasado de origen o adulterado con la complicidad de la casa real de Inglaterra, el té contiene, en el delgado espesor de sus hojas, la respuesta, la terapéutica y la curación de todas las dudas herpéticas, novelescas y teológicas. Sólo que para mí, condenado por heroica tozudez al suicidio, esas respuestas carecen ya de todo interés. La Curación ha llegado, en mi caso, demasiado tarde y por la más inaceptable de las vías: a través de Pierre, activista del Partido Repugnante Francés y *partenaire* furtivo de mi madre. En efecto, fue él, cuando se enteró del diagnóstico de mi enfermedad, quien me dijo con atroz vulgaridad: "Mais alors, mon cher petit Monsieur le Romancier! Vous n'avez qu'à tremper votre queue dans un verre de thé et ces petites choses qui vous emmerdent tant disparaîtront d'elles mêmes!" Y como viera la incredulidad asomada en mis pupilas, agregé, riendo a grandes carcajadas: "À moi, c'est votre pipeuse de maman qui m'a infecté!"

Si las leyes fueran lo que deben ser, creo que hubiera con justicia estrangulado a aquel batorcio en el momento mismo de oírlo pronunciar esas palabras. Tuve que contentarme, pese a su clase social inferior, con retarlo a duelo en el Bois de Boulogne, ofrecimiento que no hizo sino aumentar su hilaridad y, paralelamente, mi desprecio por el comunismo. Sin embargo (¿por qué ocultarlo?), en cuanto me encontré a solas en mi habitación procedí al experimento: tomé un bock de cerveza de un litro, lo llené de té e introduje en él las numerosas, gruesas y sufrientes pulgadas de Mi Prolongación.

¡Oh milagro! (y, a la vez, ¡oh humillación!), en las horas que siguieron a esa primera infusión se produjo una mejoría espectacular de mi estado bélico (Kriegstand). Las vesículas se desinflaron, la exudación fue reabsorbida, el eritema desapareció y se inició el proceso de reconstrucción de los territorios devastados por la guerra. Demás está decir que desde ese instante y para evitar toda nueva sublevación de los rojós, he tomado la recomendable costumbre de pasar la mayor parte del día infuso en el agua caliente de esta bañera donde escribo y en cuyo interior flotan 50 *tea-bags*, constantemente renovados. "Es mejor prevenir que curar", reza el dicho y en esto no hago sino obedecer la sabia Constitución de Alemania, que ahoga al comunismo negando inteligentemente (Schreinsichtsvoll) los derechos civiles a todo individuo susceptible de enrojecer.

Termino, pues, mi testamento, volviendo una última vez a Herr Martin Flinker. ¿Aprovecharía yo —me preguntó aun, al acompañarme hacia la puerta de salida— aprovecharía yo mi pasada por su humilde librería para adquirir su propio opúsculo sobre el Inimitable y que él, atendiendo a nuestra mutua admiración por el Maestro, me abandonaría a un precio inferior de 50% a su valor? Compré el delgado librito sin regateos y, tras agradecer a Herr Flinker por la finura de su atención, volví a casa dispuesto a dar cometido a mi Propósito Fatal. Pasé delante de la puerta de Pierre sin preocuparme siquiera de confirmar la presencia de mi madre en su inmundo lecho (Schweinbett), avancé hasta este piso, este estudio, esta bañera donde en pocos minutos más, siguiendo las tradiciones del Imperio, me abrí las venas.

Jawohl! No es el herpes, ya eliminado por el té, ni tampoco la ignominia de haber sido curado por un individuo de clase inferior, miembro del Partido Deplorable Francés y amante clandestino de mi madre, aquello que me impulsa al suicidio. Nein, nein, nein! Ni siquiera el oráculo número 4, —el oráculo de la locura— única respuesta que obtengo de *Das Buch der Wandlungen* cada vez que lo consulto para saber si el pasaje que sirve de epíteto a esta confesión fue escrito por el mismísimo Maligno (con el fin que yo deje de adorar al Maestro Insuperable), aquello que me angustia al extremo de empujarme hasta la muerte. Auch nicht! Mi problema es a la vez mucho más simple y más grave: ¿la Novela, la Ficción es o no el instrumento por excelencia para dominar el Universo? O, dicho de otro modo, ¿el Novelista Supremo y Dios son o no son una sola y misma Entidad (Einzigundalleindasselbewesenheit), o, únicamente, una Doble Cosidad (Dingung-Dingung)? Y, si éste es el caso, ¿cuál es mi papel preciso en el Cosmos, cuál es la Tarea Sagrada que me incumbe en cuanto Aprendiz de Novelista Nato, genéticamente predestinado a la práctica de la Ficción Absoluta?

Jawohl! En estos momentos en que oigo la voz de mamá detrás de la puerta, implorándome que le abra so pena de recurrir otra vez a Pierre y su lúbrica, maloliente ganzúa, no me queda otra alternativa que asumir la Experiencia Postrera, a buscar, más allá de este mundo insoportablemente iletrado, la fusión definitiva con el Autor Perfecto, con el Verbo Sin Falta, e ingresar —auf ewig!— en el Walhalla de la Novela Total! ■